

SOBRE LA EDUCACION

(Fragmentos escogidos de una tesis para optar el grado de doctor en filosofía y letras)

I

Nada, a nuestro parecer, puede convenir más a quien ha de concretar sus energías al magisterio, que adquirir las más claras nociones, la convicción más firme acerca de las materias didácticas, tan importantes dondequiera, y, por desgracia, tan menoscabadas y torcidas en los días que alcanzamos.

Harto contribuyen a este actual doloroso estado de la educación los cataclismos que amenazan a la sociedad y que aun han llegado a perturbar pavorosamente las más bien plantadas nacionalidades europeas, sin contar con las costumbres, altamente inmorales, que reinan en el antiguo mundo que fue cuna de la civilización en lejanas edades y propagador del cristianismo en éra más reciente.

Por todas partes un soplo de error pone en tortura los espíritus y entorpece la marcha de las doctrinas salvadoras. Ni el individuo, ni la familia, ni las sociedades políticas han quedado a salvo en el empeño de los reformadores por reconstituir a su antojo cuanto han podido los siglos levantar en dolorosa labor, en todos los órdenes humanos. Y no de otra manera tenía que resultar: para acabar con Dios, había que dar comienzo por la destrucción del orden natural de las cosas creadas; para negar el Ente necesario fuerza era que la razón ensayase un trastorno en el reino de los seres contingentes, y para hacer ley el comunismo, y el libertinaje derecho, era preciso tomar al hombre desde su infancia, bajo el mismo techo de familia, y disponerlo hábilmente, para los ulteriores rendimientos, a una moral sin religión, a una sociedad independiente de Dios y a un último fin sin trascendencia perdurable.

Hé aquí la razón para que al cumplir la prescripción reglamentaria que dispone se haga por el graduando el desarrollo de una tesis que dé a conocer al público (relativamente por supuesto) cuál ha sido el aprovechamiento en los estudios, hayamos escogido de preferencia ésta, que merece la atención de pensadores y moralistas consumados, pero que no desdeña el débil esfuerzo del principiante.

No pretendemos dar solución a los múltiples problemas de la educación, porque nuestros experimentos no alcanzan a tanto, ni el buen deseo es suficiente para despejar incógnitas, por otra parte tan ligadas con los intereses económicos, sociales y políticos en que el moderno pensamiento se absorbe.

II

CONÓCETE A TI MISMO

Sobre la fachada del templo de Delfos colocó el pueblo heleno esta inscripción, que bien puede servirnos para el desarrollo del presente estudio sobre la educación, como esa otra que a San Pablo dio margen para introducirse en las inteligencias de los areopagitas, adoradores de lo bello. No de otra manera deben abordarse las difíciles cuestiones que a la sociedad humana atañen, o a sus miembros, sino consultando antes la voz de la naturaleza, el vaticinio de los hechos que fueron, la voluntad del que hizo todas las cosas y buenas las halló al contemplarlas.

Quien por diferente camino intente penetrar en los dominios de las ciencias sociales, entre las cuales ocupa lugar preferente la que se refiere a la educación, corre el riesgo de no atinar, o bien por exceso de especulación, o por demasiado arte de práctica. Prescindir de las necesidades inferiores de la vida y sacar al hombre de sus esferas naturales para hacerlo feliz por medio de utópicos devaneos educativos, como los que encarnó Rousseau en su *Emilio*, es engañar la mente con mirajes que nunca se alcanzan,

es disponer idealizados elementos para construir la fábrica de la asociación humana, tan tocada de realismo.

En cuanto al plan positivista, cuyo radio de acción apenas si llega a los confines puramente terrenos, se comprende cuál sea su deficiencia con sólo dejar al corazón libre para que nos hostigue con aspiraciones infinitas, con reclamos que por de pronto no podemos satisfacer, porque él nos pide algo que no perezca, que no cambie, y la tierra no da sino frutos que se ajan con el día y flores que al atardecer se inclinan marchitadas.

Menester es convenir en un justo medio, en una norma racional, cuya línea demarcadora, partiendo del hecho innegable de una degeneración primera, corra paralela con la voluntad del autor de la ley eterna y no termine hasta topar con el fin último y sobrenatural del hombre.

De consiguiente el educador, ora se llama padre, ya se le reconozca bajo la autoridad de maestro, tiene necesidad urgente para proceder con buena fe, de buscarse una base segura en qué fundar la formación de un carácter que mañana ha de ser elemento activo de la sociedad. Mas como sean tan diversas las opiniones sobre punto en que tanto nos va, predicando las unas el origen evolucionista indefinido de la materia, desde el átomo hasta la criatura racional; negando los de más allá, siquiera sea implícitamente la inmortalidad del alma, atribuyendo al acaso el desarrollo y realización de los hechos más complejos de la vida humana, y cavilando los más un sistema universal de igualdad que limando los hilos que nos sostienen en relación con la causa primera, nos deje árbitros soberanos para determinar el límite de la moralidad, viene bien que nos preocupemos por cimentar nuestro criterio en una doctrina que nos dé la clave de nuestros destinos, lo cierto en cuanto a nuestros fines, y lo que es más todavía, que ponga a salvo nuestra conciencia en el deber que a todos nos incumbe de preparar a las generaciones por venir para el triunfo de la verdad y la justicia.

¿Y cómo confiarnos en manos que no estén suficientemente autorizadas, respaldadas por la infalibilidad en lo tocante al dogma y las costumbres, siendo así que la razón entregada a sus propios esfuerzos no da sino teorías sometidas, en lo general, al medio etnográfico y social en que se desarrolla el individuo?

Ni se diga que en todas las edades han existido pensadores altísimos, cuyas sentencias, bajando hasta las masas populares, mantuvieron incólume, hasta cierto punto, la dignidad humana. Bien demuestra la historia tal verdad, pero no obstante, mientras los hombres vivieron ateniéndose a las solas enseñanzas del buen sentido, la cultura no alcanzó sino un límite que a duras penas satisfizo las necesidades materiales y efímeras de la existencia, y probado está que los modernos, al romper con los verdaderos principios de la moral religiosa, en vez de dar paso adelante, retroceden al abrazar errores que fueron delirios de filósofos extraviados, y pesado afán de pueblos sentados en las sombras de la muerte.

Pero ni Sócrates enseñando su moral austera en las calles de Atenas, ni Budha reformando las instituciones filosófico-religiosas de Oriente, pudieron asegurar la felicidad del individuo humano, mucho menos fijar el fin supremo de las acciones, ni señalar eficaces estímulos a la cumplida perfección del hombre. Les faltaba una luz más viva para iluminar las almas, un lazo más fuerte que los de la naturaleza para atar los corazones, y unificar así una variedad inmensa de relaciones y fines secundarios, fundiéndolos en un ideal único (que no podía ser otro que el fin sobrenatural de la vida), para reconstruir la belleza en el mundo de los espíritus.

Habida cuenta de una degeneración en las potencias naturales del hombre, roto el equilibrio entre las facultades superiores e inferiores, establecida la pugna entre el alma y el sentido, ninguna escuela, ningún sabio podía acertar, en lo tocante a la organización, sino armonizando las ener-

gías tan contradictoriamente inclinadas, a fin de restablecer la unidad de mira, base de la unidad de acción y clave de los destinos futuros de las razas.

Llegó un día en que la voz de un hombre que aplacaba las olas alborotadas, sacudió con estremecimientos nuevos todas las conciencias, y, después de dejar el ejemplo de una vida divina, fundó la Iglesia y mandó a sus apóstoles a enseñar a todas las criaturas. ¡Hé aquí elevada la enseñanza, divinizado el magisterio!

Inútiles parecerán los anteriores conceptos, que son ya lugares comunes. ¿No es la Iglesia Católica la portadora de la civilización? ¿No se hace sentir su influencia benéfica, así en los palacios de los reyes como en los humildes caseríos del indígena? ¿A qué traer a colación hechos de todos conocidos, hace ya veinte siglos? Ciertamente, nada nuevo hemos querido presentar. Pero no tienen derecho a censurarnos los que en pleno siglo XX vienen a sorprendernos con sofismas que oyó el Pórtico y aprendió el Museo de Alejandría; con argumentos que ya se desleían de puro viejos en tiempo de Juliano el Apóstata.

Y basta de digresiones. Una educación dada bajo otros auspicios, dictada desde la colina opuesta al Vaticano, si no es un crimen por atentar contra todo derecho, acusa negligencia no menos culpable.

Las anteriores consideraciones nos llevan a concluir que sólo a la Iglesia Católica corresponde, por derecho propio, la enseñanza, y no digamos que únicamente con relación a los asuntos meramente religiosos, sino a todos los ramos del saber. De no ser así, la inconsecuencia sería manifiesta, porque ninguna ciencia ni arte hay que pueda sustraerse al influjo de las verdades que nos encaminan al fin último de la vida. La razón y la historia se aúnan en este punto para demostrar patentemente el predominio del ideal religioso en todas las edades.

Ahora bien: como la sociedad no puede producir en conjunto sino lo que resulta de las múltiples fuerzas indivi-

duales que la forman, el estudio de las naciones antiguas y modernas nos conducirá a determinar la mejor forma de educación, la más conveniente para cada agrupación social, pues sabido es que a un período de estrechez intelectual, de tiránico mando, sucede una explosión de exageradas libertades; extremos ambos que llevan a las sociedades, en última consecuencia, a la degradación y al servilismo, o a la licencia y el desorden; y la educación debe tratar de conservar el equilibrio entre la libertad y la justicia con previsión activa y sostenida, jamás con resignada y estéril inacción.

III

OJEADA HISTÓRICA

Al tender la vista por la historia se advierte un proceso científico que principia, en lo antiguo, por el idealismo de la India y por el humanismo griego, y concluye cuando el reloj eterno, desde lo cima del Gólgota, dio la señal de marcha a una nueva era, y anunció, entre dolores, la hora de la Redención.

Para el habitador de las montañas tibetanas, los libros sagrados son objeto continuado de su estudio. En ellos aprende a extinguir todo deseo para desvanecerse al fin en la nirvana. De sus páginas brota la amarga resignación para el paria y el misterioso despotismo para el brahma. Las tres ramas sociales impuestas por los Vedas, retoñan allí siempre con la savia anémica de lo que no se robustece para mejorar, sino que se deja debilitar lentamente hasta evaporarse en quiméricas atmósferas ultraterrenas.

Con instituciones tales, ninguna educación, propiamente dicha, puede ser posible, pues ella exige como primordial condición la armonía en el desarrollo de las varias facultades, la actividad consciente del carácter, la noción exacta de la naturaleza humana y de sus destinos superiores.

Más humano el pueblo griego, mira al hombre, lo encuentra admirable en su constitución física, y entusiasmado puebla el Olimpo de dioses, que son hombres más perfectos, embellece las agoras de sus ciudades con las estatuas de sus héroes y atletas, da a Fidias modelos para esculpir las formas de la mujer, emblema del amor, y entrega a la posteridad, encarnados en esculturas inmortales, sus bellos ideales artísticos. Los filósofos griegos eclipsan las grandezas pasadas, y llegan con Platón y Aristóteles al ápice de la gloria humana, en espera de que el pincel de San Agustín y el del Ángel de las Escuelas les den un retoque de cristianismo para completarlos y hacerlos pasmo de los siglos futuros.

El gimnasio da virilidad y belleza física a la juventud, y la música perfecciona sus facultades estéticas. En cambio, Esparta, para formar guerreros, despoja al hombre hasta de sus sentimientos naturales, y sacrifica el espíritu en favor del desarrollo corpóreo.

La edad adivinada por Virgilio había llegado. Con su apareamiento la política toma nueva faz, el arte se encamina a concepciones que, sin menoscabar la física perfección del hombre, lo envuelven en cierta idealidad que lo sublima. Ya el mundo adora en espíritu y en verdad a un Hombre-Dios; a las exageraciones fantásticas del penitente brahmán sucedían las austeridades, fundadas en razón, del asceta cristiano, y en vez del César, soberano absoluto de los pueblos, y del padre, dueño hasta de la vida de sus hijos, vino el suave yugo del mandatario, ostentando una autoridad recibida de Dios, como reponsabilidad de todos sus actos, y esto antes de que cualquiera legislación positiva lo hubiese determinado.

A favor del precepto supremo de la caridad fraterna, encargado con tanta instancia la noche de la Eucaristía, subió el nivel de los desgraciados y se restableció la igualdad que da la semejanza de naturaleza entre los hombres; la mujer volvió a ser la compañera del varón y el hijo un objeto de amor, un depósito sagrado en manos de los padres.

Al cumplir la mayor edad entra activamente a la vida política, no como esclavo de una caprichosa institución, sino como hombre, es decir, como dueño de todas sus acciones, capaz de ganarse por los merecimientos propios el acatamiento de sus hermanos, y de alcanzar por una buena educación, no sólo el mejoramiento propio, sino el de sus conciudadanos.

Y aquí del verdadero campo de la educación. El fundamento estaba echado. La libertad cristiana hacía levantar las frentes abatidas; el pensamiento iluminado por la fe, tornábase más perspicaz para la investigación científica y la solidez en el saber, fortificaba las voluntades para el bien.

LUIS ENRIQUE FORERO, M. A.

(Concluirá)

VALIOSO OBSEQUIO AL COLEGIO

Bogotá, junio 12 de 1913

Señor doctor Rafael María Carrasquilla, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario—E. L. C.

Deseoso de contribuir, aunque sea en mínima parte, a la restauración de la biblioteca del establecimiento que Su Señoría dignamente dirige, envío para ella una parte de la mía, en la creencia de que pueda ser útil a los jóvenes estudiosos.

Esta pequeña donación es una manifestación de gratitud al Instituto en el que adquirí mis primeras nociones de filosofía, de ciencias físicas y matemáticas, después de haber cursado letras y algunos idiomas en el Colegio de San Bartolomé, a cargo entonces de los padres de la Compañía de Jesús, de quienes estoy también muy agradecido por la instrucción moral y religiosa que recibí de ellos. Es posible que los antiguos hijos del Colegio del Rosario, evocan-